

## *Historia Intelectual y Teoría Crítica*

JOSÉ SAZBÓN

Más allá de su disímil evolución y de sus variados métodos, la historia intelectual y la teoría crítica han frecuentado zonas de interés común. La recíproca pertinencia de sus hallazgos y, en algunos casos, la complementariedad de sus enfoques, vuelve sugestivo un examen de las premisas y resultados de las perspectivas en juego. En cuanto ejemplos relevantes, entran en este marco una evaluación de los trabajos históricos de Walter Benjamin y, por otro lado, la apreciación de la recepción suscitada entre los especialistas por la conjunción de investigación histórica y postulación normativa debida a Jürgen Habermas.

José Sazbón es Profesor Titular de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA (Departamentos de Historia y Filosofía) e investigador del CONICET. Sus publicaciones abarcan, entre otros, los siguientes campos: articulaciones de la filosofía y las ciencias humanas; diversas problemáticas concernientes a la Revolución Francesa; y desarrollos de historia intelectual.

Aparentemente ajenas a toda dimensión unificadora, la historia intelectual -cuyos desarrollos más dinámicos derivan de la aclimatación del «giro lingüístico» en las ciencias humanas [Toews 1987]- y la teoría crítica -que, por su parte, opone firmes reparos de principio a la exacerbación filosófica de esa mutación [Habermas 1985, cap. 7, Excurso]- se revelan, sin embargo, ante una mirada más atenta, singularmente aptas para la confluencia dialógica. Pues así como la primera ha comenzado a contar a la segunda entre sus recursos conceptuales, esta última, a su vez, no deja de servirse de la anterior en sus operaciones de discernimiento. Aunque en un caso resulte más inmediatamente ostensible que en el otro, ambas orientaciones asumen una perspectiva definidamente histórica tanto en la configuración de sus objetos como en la autocomprensión del ademán configurador. Este presentismo del historiador intelectual puede incluso estar acompañado de una elaboración muy consciente, como en el caso de las asunciones crocianas de Hayden White. El teórico crítico, por su parte, asume en ocasiones una atormentada lucidez acerca de lo que está en juego en la recuperación histórica: «una imagen irrevocable del pasado - señalaba Benjamin [1955, tr. 255]- corre el riesgo de desaparecer con cada presente que no se reconozca aludido en él». Ciertamente, el pasado no los convoca del mismo modo y éste es un punto que requiere mayor elucidación.

La naturaleza de las conexiones que pueden establecerse entre la historia intelectual y la teoría crítica requiere, al menos, tener en cuenta dos direcciones de investigación: por un lado, el modo en que se inscriben las consideraciones históricas en las aserciones de la teoría crítica; por otro, el puesto que ocupa esta última en algunas orientaciones de la historia intelectual. Cada una de estas direcciones debe ser asumida con la suficiente amplitud de criterio como para hospedar, en una actitud flexible, las formulaciones variadas que exhibe la disciplina complementaria, sin atenerse, desde luego, al enunciado nominal que identificaría a la corriente. Esta precaución es necesaria, por ejemplo, en el caso de las reconstrucciones his-

tóricas que aún situándose en el terreno que un posterior consenso identificará como propio de la **intellectual history** no asumen necesariamente esta denominación (o las - problemáticamente afines- de «historia de las ideas», «Geistesgeschichte», etc.). Pero también «teoría crítica» es una fórmula utilizada por los historiadores intelectuales como una perspectiva conceptual cuyo referente puede ser más vasto que el núcleo de filósofos y estudiosos adscriptos a la llamada «escuela de Frankfurt». Se diseña así una doble vertiente del análisis: **a)** la indagación sobre el papel de la historia intelectual -y de otras variedades de la historia- en las argumentaciones de la teoría crítica originadas en la labor de los estudiosos vinculados al Instituto de Investigación Social de Frankfurt (ya sea en Alemania o en el exilio); **b)** la consideración de las incorporaciones eventuales de la teoría crítica «frankfurtiana» al desarrollo de la historia intelectual y -lo que resulta, quizás, más patente- la evaluación del papel adjudicado a una teoría crítica más genérica en los programas de trabajo de los historiadores intelectuales.

Es, sin duda, un hecho conocido la vocación historizante de los teóricos críticos, así como la permanente articulación que éstos establecen entre los reclamos de la razón y las condiciones y circunstancias concretas que permiten u obstaculizan tanto su ejercicio como la permanencia de su potencial emancipador. En realidad, ese énfasis y la remisión, que lo especifica, a una periodización de la historia moderna constituyen los impulsos más sostenidos de la teoría. También es conocida la derivación de esa temática, en algunos de sus representantes y en ciertos desarrollos de su obra, hacia una visión omniabarcativa que, aún sin reconocerse en sus propios términos como especulativa, fue inscrita de hecho como filosofía -negativa- de la historia [Cohen and Arato 1992, 242]. Lo que aquí nos interesa, en cambio, es la posibilidad de circunscribir determinadas representaciones y elaboraciones históricas que, en los textos de los teóricos críticos, constituyen ejercicios de historia intelectual.

Tales ejercicios, sin embargo, a diferencia de los específicos de la disciplina correspondiente, no son esbozos autocontenidos, en

sí mismo conclusos, sino, por regla general, momentos de un desarrollo más dilatado, piezas de una estructura discursiva que funcionaliza la contribución historiográfica sin encumbrarla. Hay, sin duda, una considerable variación en las proporciones en las que entra la narración histórica en la organización textual de los trabajos de la corriente: pensemos, por ejemplo, en los siguientes tres casos de diversa índole: «Pequeña historia de la fotografía», de Benjamin; «Egoísmo y movimiento liberador», de Horkheimer; *El cambio estructural de la esfera pública*, de Habermas. Aunque difieran entre sí tanto en la extensión de sus narrativas como en el modo en que éstas se articulan con la reflexión filosófica, cada uno de estos escritos apela consistentemente a la reconstrucción histórica en virtud de una necesidad interna: en ellos, la interpretación del pasado es un momento del discurso asertivo que especifica la vigencia del concepto y otorga densidad y concreción a la experiencia social que éste ilumina. Los ejercicios de historia intelectual comprendidos en la obra de los teóricos críticos pueden entenderse sobre todo -y quizás con una legitimidad mayor que otros especímenes- como una variedad determinada (la de la recomposición crítica) de esa «historia del sentido» en que, según algunos intérpretes, ha llegado a convertirse la historia de las ideas.

En efecto, si esta última, en su modalidad tradicional, se limitaba a reconstruir las fases de desenvolvimiento de un núcleo nocional en diversos autores, obras o corrientes de pensamiento -concentrando, por tanto, el escrutinio de las fuentes en artefactos culturales preconstituídos y en ámbitos consensuales («filosofía», «literatura», etc.)-, la historia intelectual, en su expandida versión reciente, tiende más bien a identificar la generación y establecimiento de los significados en formas de vida, tramas de interacción y comunidades interpretativas. Esta óptica excluye aquellos tipos de síntesis que amalgaman lo noético y lo genético y metaforizan una supuesta entidad monádica en desarrollo presentando su despliegue como «biografía de una idea». La conversión de método es también una redefinición de objeto: la atención del investi-

gador se orienta ahora a circunscribir la constelación de factores que autoriza la manifestación de un sentido para un grupo humano identificable por el espesor de las determinaciones que sobrelleva y la configuración de los lenguajes que le permiten constituir su universo. Sin duda, en la medida en que se ponen en foco estos atributos caracterizadores del nuevo sesgo que ha tomado en las últimas décadas la historia intelectual, la misma denominación de la disciplina ha parecido inadecuada para representar tanto sus contenidos como sus modificados encuadres. William Bouwsma, el enfático descubridor de ese desplazamiento de campo indicado como «From History of Ideas to History of Meaning» (de acuerdo al título del artículo en que fundamenta su hallazgo), llega a cuestionar, por restrictivo, el término «intelectual» indicando que, de todas maneras, los propios historiadores utilizan crecientemente el vocablo «cultural» allí donde antes «intelectual» era de rigor [Bouwsma 1990, 341-343].

Obras como *Fin-de-siècle Vienna*, de Schorske; *Religion and the Decline of Magic*, de Thomas; *Metahistory*, de White; *The Machiavellian Moment*, de Pocock (son algunas de las citadas por Bouwsma, pero no sería difícil agregar a la nómina otras producidas por los teóricos críticos), desenvuelven enfoques reconstructivos que movilizan recursos y convocan niveles de práctica social que exceden el perímetro antes adscripto a lo intelectual. En la medida en que se dilata el ámbito de la búsqueda y tanto la apreciación como lo apreciado se vuelven multidimensionales -involucrando, por ejemplo, no sólo la razón, sino también la imaginación y la sensibilidad y códigos de desciframiento igualmente múltiples (filosofía, psicoanálisis, teoría literaria, etc.)-, las significaciones del pasado laboriosamente reconstruidas son las propias del campo sumamente lábil de una historia cultural en cada caso ceñida por el punto de vista y los interrogantes que definen el recorte. Es pertinente, por eso, la observación de Bouwsma de que este tipo de historia, a diferencia de la historia intelectual tradicional, se caracteriza menos por las fuentes que utiliza que por el tipo de preguntas que plantea.

Ciertamente, es en este punto donde nuevos rótulos disponibles compiten para fijar el rasgo predominante que puede dar nombre a la tendencia: aquí se pueden recordar, no en virtud de su equivalencia sino por la diversidad de ángulos de enfoque que delata la aptitud prismática del referente, los nombres de «nueva historia cultural», «nuevo historicismo», «ciencia social interpretativa», etc. [Hunt ed. 1989; Veesser ed. 1989; Rabinow and Sullivan eds. 1987]. Ya sea por la vía directa de la mutación señalada por Bouwsma o por el rodeo de un censo de variantes como las indicadas, arribamos al hecho de esa reconversión de la historia intelectual que permite diseñar de otro modo la índole de intereses y preocupaciones que está en juego en aquellas recuperaciones del pasado en las que se entrelazan los puntos de vista y se ensamblan las dimensiones variadas de los objetos de análisis. Es en esta nueva disposición de la disciplina para la exploración de los fenómenos de la significación en la historia, en esta amplitud del arco de sus investigaciones que admite la combinación de encuadres antes diseminados en especialidades unilaterales, donde se puede insertar sin disonancia la dimensión histórica (y no exclusivamente filosófico-histórica) de la teoría crítica.

Esta promoción de un vínculo no suficientemente destacado hasta ahora puede ser considerada asimismo como una relectura de los exponentes de esa corriente en un sentido congruente con aquella recurrente práctica de anexión de las obras del pasado a un canon de instauración reciente que Borges puso en evidencia en «Kafka y sus precursores» (y que podríamos adaptar en este caso diciendo que cada nueva codificación redefine los componentes de códigos anteriores y los distribuye selectivamente de acuerdo al principio sistemático emergente). Así, la veta historizante de la teoría crítica puede ponerse en paralelo con otros proyectos en curso que comparten globalmente la misma aspiración a develar los dispositivos en virtud de los cuales se establecen las significaciones sociales pero que, a diferencia de tal teoría, no subtienden esa búsqueda con un principio filosófico regulador que contrasta, en cada caso, las clausuras de un horizonte de época con el **telos** de una reinte-

gración emancipatoria.

La historia intelectual en cuanto historia del sentido supone una inspección tanto de la organización material que sustenta la producción y vehiculización de las significaciones como de las condiciones en que se pone de manifiesto una lógica social que impulsa a su desciframiento, reproducción y eventualmente alteración. Las direcciones en que se efectúan tales búsquedas son, de acuerdo a lo sugerido, múltiples y variadas, desde el interés por las transformaciones tecnológicas sobre las que se asienta el **novum** semiológico hasta la preocupación por recuperar la articulación epocal de factores que están en la base de una mutación o de una rotación en la fijación de un concepto. Se pueden citar, como ejemplos de lo primero, la investigación de Elizabeth L. Eisenstein sobre la imprenta como agente de cambio cultural en los inicios de la Europa moderna o la dirigida por Darnton y Roche sobre la prensa en Francia a fines del siglo XVIII y, en el ámbito de la teoría crítica, las exploraciones de Walter Benjamin sobre «La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica» o sobre los orígenes de la técnica fotográfica y el espesor históricamente cambiante de lo retratado a medida que se desenvuelven sus recursos -en «Pequeña historia de la fotografía»- [Eisenstein 1979; Darnton and Roche eds. 1989; Benjamin 1936; *id.* 1931]. Y asimismo, como ejemplos de lo segundo, las indagaciones de Reinhart Koselleck sobre los conceptos de «edad moderna» o de «revolución» incluidos en su compilación *Futuro pasado. Para una semiótica de los tiempos históricos* o de Christopher Hill sobre el significado del término «revolución» en el siglo XVII inglés y, dentro de la teoría crítica, la recomposición de las figuraciones del egoísmo en la modernidad que efectúa Max Horkheimer en su trabajo «Egoísmo y movimiento emancipador» [Koselleck 1979; Hill 1986; Horkheimer 1936].

Si parece, pues, posible extraer de los desarrollos de la teoría crítica ciertos segmentos unitarios que responden al canon de la historia intelectual, particularmente cuando se considera a esta última como historia del sentido, todavía habría que dar cuenta de la dis-

mil apelación al pasado que está presente en uno y otro enfoque. Pues el sentido reconstruido, o construido, no se deja descifrar del mismo modo cuando el estudioso lo ciñe en un discurso avalorativo, como mero **factum** en la serie de las producciones culturales - flanqueado por otras constelaciones (conocidas o cognoscibles mediante operaciones del mismo tipo)- que cuando lo interroga con actitud judicial desde la altura de una actualidad en la que vibra el efecto a distancia de esa producción de sentido y que se siente, entonces, concernida por su índole, por la conformidad o disparidad de esos conatos con una expectativa presente de la que quizás sólo se distinga por grados de posibilidad o de conciencia en el seno de una historia única. «Existe un secreto acuerdo entre las generaciones pasadas y la nuestra», escribió Benjamin [1955 tr. 254] luego de postular que «el pasado lleva consigo un índice temporal que lo remite a la redención».

Que esta idea de reciprocidad latente, y aún de compromiso entre cierto presente y cierto pasado, no es exclusiva de la conciencia histórica de los teóricos críticos lo prueba la existencia, en algunos historiadores, de un similar ajuste de la perspectiva reconstructiva a valoraciones y empresas contemporáneas que se reconocen aludidas o esbozadas en acciones del pasado y, todo ello, mediante la apelación a una asignación de sentido a la historia transcurrida. Así, luego de afirmar que «sólo nosotros, que vivimos ahora, podemos dar un 'sentido' al pasado», Edward Thompson argumenta que si bien en la reconstrucción de los nexos causales de un período quedan en suspenso los valores del historiador (digamos, entre paréntesis, que una **epojè** de este tipo es extraña a Benjamin), el historiador recupera su libertad de juicio al término de ese trabajo. En ese momento, la preferencia coordina ciertos valores del presente con su prefiguración en la historia reconstituida: «lo que decimos es que son estos valores y no aquellos otros los que hacen que esa historia sea significativa **para nosotros** y que son esos los valores que buscamos ampliar y sostener en nuestro presente» [Thompson 1978, 234]. Hay que decir en seguida que, más allá de un cotejo posible entre

las posiciones del filósofo alemán y las del historiador inglés, y aún de la teoría crítica y la historia social **a la Thompson**, la opción historiográfica de este último (influyente en algunas direcciones de la historia oral y la historia «desde abajo») no es representativa de la orientación general de la historia intelectual en su amplificación a una «historia del sentido» profundamente marcada por el «giro lingüístico» e instruida por sus constricciones objetivizantes.

Ahora bien, en la medida en que el sentido recuperado implica un ordenamiento de elementos narrativos y conceptuales en una trama que lo suscitará con las cualidades y notas semánticas que el historiador cree apropiadas para resguardarlo, el reconstructor debe optar entre distintos tipos de codificación de los datos documentales. Es obvio que los recursos del oficio -cuya variedad se ha ampliado considerablemente- no bastan para constreñirlo, aunque sí puede hacerlo una determinada rutina en su ejercicio y cierta continuidad teórica ya sancionada y normalmente aguardada por sus pares. En todo caso, lo decisivo es la orientación hacia el pasado como una dimensión cuyos contornos se sitúan a una distancia relevante o irrelevante para el saber de sí de la propia época: es aquí donde se pueden observar las diferencias más notorias entre el historiador intelectual cuya profesionalización le concede, entre otros aplomos, el de distanciarse de su objeto (pues ese pasado carece de vasos comunicantes con el mundo autocentrado que fundamenta su ademán cognoscitivo) y el teórico crítico **qua** historiador, deseoso de reconocerse y de reconocer una carencia del presente como resultado de frustrados impulsos humanizadores cuya obliteración tiene una génesis y una densidad inercial que prolonga su eficacia disolutoria.

Consideremos el caso de las Exposiciones Universales del siglo XIX, momentos expresivos del desarrollo de la sociedad europea en los que, a intervalos irregulares y en el escenario cosmopolita de las principales capitales, se exhibe la faz afirmativa y autocomplaciente de la modernidad. En cuanto índice múltiple de la evolución de las técnicas y procedimientos de producción, de las pro-

mesas de la industria, de la fluidez de los intercambios, de la expansión de las relaciones internacionales y, asimismo, de la pluralidad de las costumbres, de la renovación de las artes y de las transiciones del gusto, este tipo de Exhibición convoca el interés de la historia de la tecnología, de la economía, de la diplomacia, etc. no menos que el de la historia intelectual. Pero las modalidades de acceso cognoscitivo que despliegan estas disciplinas suponen una objetivación del acontecimiento en su momento de emergencia y una asignación de significado que surge de la apreciación contemporánea del hecho, de acuerdo a las distintas secuencias en que se inscribe: el desarrollo de la industria y la técnica, del arte y el diseño, de las ideas y costumbres, etc., sin que necesariamente esa evaluación se prolongue en una circularidad de sentido que asocie las expectativas de época propias del «mundo perdido» con las expectativas y bloqueos de nuestra práctica. Esta última, en cambio, es la actitud historizante del teórico crítico, para quien las coordenadas descubiertas no pertenecen a un cultural «mundo que hemos perdido» sino más bien a un experiencial «pasado recuperado».

Es lo que se puede advertir, a partir del citado ejemplo, cotejando las reconstrucciones de Asa Briggs en «El Crystal Palace y los hombres de 1851», de L.T.C.Rolt en «Mediodía en Hyde Park» (evocación del mismo acontecimiento) y aún de Werner Plum en su *Exposiciones mundiales en el siglo XIX: espectáculos del cambio socio-cultural* con el texto «Exposiciones, publicidad, Grandville» incluido en *Passagenwerk* de Walter Benjamin, o con la sección correspondiente de «París, capital del siglo XIX», que suministra el contexto apropiado para su «iluminación» [Briggs 1954, cap. 2; Rolt 1970, cap. 6; Plum 1977, caps. 13-14; Benjamin 1982, tr. 229-265, 10-12, 27-30]. Mientras los historiadores antes mencionados entretejen el relato de la **Great Exhibition** con otras narraciones matrices (la historia política en Briggs, los avances de la ingeniería y la genialidad de sus promotores en Rolt), la mirada que posa Benjamin sobre las Exposiciones Universales subsume esas y otras determinaciones en una historia más soterrada y general pero no menos documentable: la de las mu-

taciones de la experiencia (que es también la de la generación y transmisión de los sentidos emergentes). Sólo que cuando se pasa de los historiadores profesionales (Briggs, Rolt -antes mencionados-, Harrison [1971], Olsen [1976], Woodward [1962], etc.) al teórico crítico en función de historiador, lo «documentable» es menos unívoco y cristalizado, más poroso a la interlocución hermenéutica que fija los términos del pasaje entre la actualidad del intérprete y aquel «futuro pasado» cuya supervivencia en lo interpretable se constituirá como sentido.

En su trabajo sobre Eduard Fuchs, Benjamin ha hecho hincapié en la exigencia de que el estudioso debe renunciar «a la actitud tranquila, contemplativa frente a su objeto, para hacerse consciente de la constelación crítica en la que dicho fragmento del pasado se encuentra precisamente con el presente» [Benjamin 1937, tr. 91]. Los supuestos de emergencia de esa constelación crítica también requieren un cuidadoso resguardo de la configuración unitaria del referente histórico. La estratificación de registros y la yuxtaposición de lo diverso que el investigador podría desdeñar como mera miscelánea inestructurada constituirá, para el filósofo-historiador, una articulación de componentes en cuya comprensiva adyacencia se cifrará el propósito de la reconstrucción. Se trata, en este caso, de suscitar una iluminación brusca sobre el momento histórico mediante un rescate de los particulares que autoriza la ulterior y más verídica composición de lo concreto. Procedimiento éste del «mosaico» o de la «constelación» que, al agrupar elementos en apariencia discontinuos y sometido, cada uno, a una diferente legalidad regional (arquitectura, política, comercio, etc.), exhibe, sin embargo, su secreta inherencia recíproca, las baudelerianas «correspondencias» que los fijan en el ámbito de la experiencia y permiten, en definitiva, que en el presente de la reconstrucción pueda tener lugar la repatriación del sentido.

El Benjamin que se afincó en la Bibliothèque Nationale de París con no menor avidez de fuentes históricas y documentación representativa que la que demorara a Marx en el British Museum de Londres persigue las hue-

llas del mismo objeto elusivo: la génesis de la sociedad burguesa. Pero, descontando los resultados de su antecesor en la formación de la estructura económica, él explora en cambio la constitución más reciente y aún activa de la sensibilidad «moderna» sobre la que esa sociedad asentó los dispositivos culturales de su reproducción. Y de una reproducción, además, que prolonga su eficacia enajenante al distanciar entre sí los deseos y las consecuciones; al establecer un hiato perpetuo entre lo disponible y lo obtenible, y una conexión estable entre posibilidades y bloqueos, las promesas y las frustraciones. Esa tensión es la que resucita a las Exposiciones Universales del siglo XIX como **novum** histórico y alegoría de una pulsión tantálica que subsistirá. En esos espacios, continuamente surcados por la corriente de fascinados peregrinos, la mercancía se ofrece como espectáculo y objeto de celebración en la misma medida en que vuelve inaccesible su goce para la multitud de admiradores; condensa, así, un tipo de productividad ominosa: la de la fantasmagoría compensatoria que anega la conciencia del usuario fallido, del consumidor irredento. «Las exposiciones universales fueron escuelas en las que las masas excluidas aprendieron la empatía con el valor de cambio. ‘Ver todo y no tocar nada’» [Benjamin 1982, tr. 264]: he aquí una síntesis implausible en el relato estándar del historiador, pero legítima y fundada en la reconstrucción histórica del teórico crítico.

Si los ejemplos y encuadres hasta ahora desarrollados enfatizaban sobre todo el tipo de acceso a la historia que puede encontrarse en los teóricos críticos -considerados estos últimos a partir de algunos aspectos de la obra de Walter Benjamin-, es preciso señalar asimismo de qué modo los historiadores, a su vez, han sido receptivos a los desarrollos de la teoría crítica, sirviéndose, en ocasiones, de ella. Parece oportuno comenzar este recuento indicativo teniendo a la vista el mismo referente histórico al que acabamos de aludir, es decir, el tema de las Exposiciones Universales y, más particularmente, el de la **Great Exhibition** de 1851. Contamos en este caso con un expresivo ejemplo de la migración de las figuraciones benjaminianas del ámbito de la alegoría filo-

sófica al de la descripción histórica y no sólo en cuanto metáforas ocasionales sino como prismas configuradores que inciden en la concepción misma del trabajo historiográfico. Así, Thomas Richards, desde el título mismo de una obra consagrada a La cultura de la mercancía en la Inglaterra victoriana (cuyo primer capítulo está dedicado a la **Great Exhibition**), vuelve ostensible el carácter operativo que puede adquirir la indicación metodológica de Benjamin según la cual la relación de la estructura con las superestructuras debe entenderse como una conexión expresiva. Nexo este último que al cristalizarse en una fórmula descriptiva -como **commodity culture**- disipa, aparentemente, la efusión metafórica que la origina, pero cuya matriz es, sin duda, homóloga de la que inspiró al autor de las «iluminaciones» sobre la transfiguración poética que imprime el deseo al objeto de consumo.

No es ésta, desde luego, la única marca benjaminiana del estudio de Richards: otras son más o menos patentes e incluso declaradas. Entre las primeras, no se puede obviar la selectividad de citas y epígrafes, recurso -como se sabe- de decisiva importancia en la estrategia discursiva de Benjamin. La exhumación de una frase admirativa debida a un comentarista de 1863 -apologista y profeta de la publicidad moderna-, según la cual «lejos de aplicarse el antiguo proverbio, no hay nada bajo el sol que **no** sea nuevo», la de la mixtificatoria afirmación de Mayhew en el mismo año de la Exposición: «la sociedad no podría existir sin este glorioso intercambio de mercancías» o, en la misma vena celebratoria, la del Príncipe Alberto: «los productos de todos los rincones de la tierra están disponibles para nosotros y sólo tenemos que elegir cuál es el mejor y más barato para nuestros propósitos», que hace **pendant** con el epígrafe del libro, un **graffito** de mayo del 68: «la mercancía es el opio del pueblo» [Richards 1991, 21, 37, 28], toda esta recuperación de voces testimoniales que devuelven, en cada caso, el espesor de una experiencia y, a través de ella, las ambivalencias de la utopía del consumo, no hubieran tenido un comienzo de ejecución sin la tematización crítica de Benjamin.

Esta filiación es reconocida cuando el

autor hace notar que todo el capítulo (inicial) dedicado a la Exposición de 1851 está orientado, en lo que se refiere a la búsqueda de fuentes de época, en un sentido acorde con la postulación de que «las Exposiciones Universales edifican el cosmos de las mercancías» [cit. en *íd.*, 269], incluida en el texto de Benjamin «Grandville o las Exposiciones Universales» (parte, a su vez, del esbozo de 1935 «París, capital del siglo XIX»). Se puede agregar, para corroborar el acuerdo de fondo entre la obra precursora del teórico crítico y la presente elaboración historiográfica, que el subtítulo del libro *-Publicidad y espectáculo, 1851-1914-* también conecta entre sí las dimensiones modernizantes de la seducción de la mercancía que ocuparon a Benjamin en su gran obra sobre los Pasajes (de la cual el texto referido es un extracto anticipado). Señalemos por último que el tema benjaminiano de la inducida domesticación de las masas a través de los espejismos de la posesión de mercancías también está presente en Richards: «en el Crystal Palace, la clase obrera ya no se mostraba como la aliada de la clase que había conmovido a Europa en 1848. Ahora era un segmento más del mercado; se había convertido en cliente» [*íd.*, 37].

Otro ejemplo, éste aún más sistemático, de la función heurística de la teoría crítica para la indagación histórica, es el de los efectos estimulantes que tuvo la concepción habermasiana de los orígenes de la esfera pública en la historia intelectual, social, política, de género, etc. Los desarrollos complejos a que dio lugar, así como la vivacidad del debate sobre su congruencia con los datos empíricos o con esquemas alternativos de explicación sobre la evolución de las instituciones o de los hábitos sociales y políticos conforman un panorama suficientemente complicado como para intentar condensarlo en esta reseña. Baste mencionar a algunos de los historiadores a quienes movilizó la cuestión y los respectivos temas de los que se ocuparon con ese ánimo. Una dificultad que presenta la incorporación de la habermasiana «esfera pública» a la elaboración historiográfica es, a su vez, representativa del problema más general que plantean las nociones de la teoría crítica a las ciencias sociales: pues éstas exigen y la primera rechaza -dado

que su objetivo, en palabras de Horkheimer [1937, tr. 232], es «instaurar un estado de cosas racional»- el deslinde entre conceptos descriptivos y criterios normativos. Relación esta última de «difícil tensión», señala Habermas, ya que si el concepto de *Öffentlichkeit* es utilizado como «una herramienta analítica para ordenar ciertos fenómenos y situarlos en un contexto particular», el mismo no deja de tener «inevitables implicaciones normativas»: en definitiva, son estas connotaciones las que «ligan el análisis histórico a [un] proyecto dotado de valor y orientado al futuro» [Habermas 1992, 462-463].

En este sentido el concepto de esfera pública puede ser aceptado por el historiador como modelo teórico-político del logro deseable en «una buena sociedad» y también, operativamente, como un tipo ideal que permite confrontar sus componentes y articulación interna con las dimensiones empíricamente registrables de una situación histórica precisa: es lo que ha hecho, entre otros, Michael Schudson con el fin de determinar el grado de presencia, modalidades y alteraciones de una eventual esfera pública en la vida política norteamericana entre los siglos XVIII y XX [Schudson 1992]. Teniendo presente el núcleo más firme de ese concepto, es decir el **desideratum** de un discurso racional-crítico al que se pliegan los participantes de un ámbito público de libre deliberación y confrontación argumentativa, elaboró una serie de índices y criterios comparativos (grado y tipo de participación política, recursos intelectuales, características de la prensa y la literatura circulante, estructura de los partidos, procedimientos electorales, etc.) y luego de aplicarlos a las fuentes, arribó a una conclusión escéptica sobre la existencia real de esa clase de ámbito en la vida pública de la mayor parte de la historia estadounidense. Ciertamente, la *Öffentlichkeit* que tipificó Habermas tiene su hogar constitutivo y sus mutaciones en Europa: de allí el interés que despertó en los estudiosos de los desarrollos políticos y culturales producidos en Inglaterra, Francia y Alemania. Como se podía predecir, la contribución heurística de esa noción a una aprehensión circunstanciada de diversos tramos de cada historia nacional fue puesta a



prueba tanto en su carácter revelador como en las zonas de sombra o de indeterminación que inevitablemente suscitaba. David Zaret trató la experiencia inglesa adhiriendo consistentemente al supuesto de una esfera pública como «tipo ideal, caso límite» respecto al cual deben evaluarse las prácticas efectivas. Centrando entonces su análisis en el siglo XVII, es decir en los inicios de la Inglaterra moderna, hizo notar que el habermasiano modelo liberal de una esfera pública estrechamente asociada a la dinámica de las fuerzas económicas deja fuera de su esquema tres factores importantes que incidieron en la afirmación de la esfera pública hacia esa época: la religión, la ciencia y la imprenta, cuya pertinencia es indicada por el autor en sendos parágrafos de su texto [Zaret 1992, 220-230]. Por lo demás, Zaret también hace un señalamiento compartido por otros críticos: en el desarrollo de la modernidad, otros tipos de **Öffentlichkeit** no considerados por Habermas -quien restringe su análisis a procesos interactivos de un público burgués- tuvieron asimismo su importancia, incluso como desencadenantes del «modelo liberal» (el cual, según el autor, constituyó una «respuesta de élite» al radicalismo y el sectarismo religiosos expandidos durante la revolución inglesa [íd. 224-226]). Una similar imputación de confinamiento del modelo habermasiano a la esfera pública burguesa con su tácita desatención de otras formas de movilización diferenciadas del tipo e ideal emancipatorio allí presente, es la indicada por Geoff Eley [1992]. La omisión de la política popular -cuyos focos de expresión se multiplicaron en el período de la Revolución Francesa-, así como la de los escenarios de conflicto en los que se constituyera la esfera pública (y que haría recomendable hablar en plural de «culturas políticas»), son algunas de las limitaciones del modelo habermasiano observadas por Eley, quien asimismo se hace eco de la crítica feminista al tipo de racionalidad androcéntrica que aquél supone, punto éste también aludido en otros trabajos [cf. Fraser 1992] y cuya obra de referencia más significativa es la de Joan Landes [1988]. El historiador Keith Baker -alguien, por lo demás, no muy convencido de la pertinencia del enfoque de

Landes [Baker 1992, 201-202]- es otro de los comentaristas del modelo de Habermas que señala la ambigüedad de la categoría habermasiana de «esfera pública», tanto indicadora de un ideal normativo como aparentemente descriptiva de una realidad social efectivamente existente. Ella se situaría, piensa, simultáneamente en dos registros: en cuanto emergencia del propio ideal (el impulso a la constitución de un ámbito de discusión pública racional, diferenciado del de las constricciones de la reproducción social) y en cuanto realización parcial -y en definitiva efímera- de tal principio normativo. Tanto las diversas reservas y cualificaciones de Habermas sobre la real vigencia de los postulados regulativos como la mutación semántica que sufren en él los conceptos claves (pues su distinción de lo público y lo privado no coincide con la de la tradición del pensamiento político) volverían problemática la aplicación de su análisis a otros tiempos y lugares, como se vio en el caso estudiado por Schudson [Baker 1992, 182-189]. Por lo demás, habiendo practicado él mismo la noción de «opinión pública» en el campo de su especialidad, la Revolución Francesa y sus antecedentes y la cultura política del período [Baker 1990, cap. 2], este historiador está en condiciones de oponer un enfoque más circunstanciado de la cuestión que el que Habermas le adjudica en su libro [cf. «The French case», en Baker 1992, secc. 2]. En cuanto «invención política» coyunturalmente suscitada, la «opinión pública» en la versión de Baker deriva más de las coordenadas de un campo cultural que de las determinaciones económicas y clasistas presentes en la **Öffentlichkeit** habermasiana. Detrás de las reservas del historiador al filósofo (incomodidad con la indistinción de norma y hecho) está la objeción del culturalismo al marxismo, el rechazo de un encuadre materialista presuntamente inapto para dar cuenta de la contingencia y de la producción simbólica.

Los anteriores ejemplos constituyen algunas muestras de la real inserción de conceptos de la teoría crítica en la reflexión histórica, pero apuntan también a un complejo más amplio de disciplinas: filosofía política (el cotejo con la perspectiva de Hannah Arendt, por ejem-

plo, es frecuente [cf. Benhabib 1992]), sociología de la comunicación [cf. Garnham 1992], estudios de género (Landes [1988] y los comentarios ya indicados de Fraser, Eley y Baker, entre otros), etc. En cada una de estas conexiones aparece sintomáticamente una cuestión de pertinencia y validez que se refiere al uso posible de síntesis filosóficas en el análisis social y que, en el caso de la noción de «esfera pública» -en tanto envuelve planteos desiderativos y esboza ordenamientos cuasi-utópicos de la vida social-, supone también una intervención político-cultural en el presente articulada con una conciencia histórica que imanta y discierne sus conatos en el pasado. Así, Habermas, al reconstruir la operación de las premisas clasistas sobre las que se establece la esfera pública burguesa, hace notar que lo que estaba presente en quienes participaban en ella (propietarios privados constituidos como público) «era ideología y al mismo tiempo algo más que pura y simple ideología» [Habermas 1962, tr. 108-109]. En la base de esta formulación se encuentra un motivo característico del pensamiento dialéctico «frankfurtiano», el cual, en los términos deliberadamente paradójicos de Adorno, enfatiza que «no es la ideología la que es falsa, sino su pretensión de estar de acuerdo con la realidad» [Adorno 1951, tr. 226]. Para Habermas, el principio subyacente a la formación de la esfera pública excede considerablemente su realización histórica y no queda comprometido por la limitación clasista de su funcionamiento efectivo (la ilusión de lograda universalidad que segrega y que degrada a «pretensión» el declarado acuerdo con el principio). Por eso puede afirmar que el momento de «verdad» utópicamente esbozado -y epocalmente desvirtuado- debe ser retenido por la recuperación histórica y expuesto como norma cuya vigencia está sólo diferida. Pues al emerger la esfera pública en la modernidad, las instituciones políticas basadas en la dominación social ya «implicaban creíblemente como su significado objetivo la idea de su propia abolición; **veritas non auctoritas facit legem**» [Habermas 1962, tr. 109]. El enlace entre la anticipación ideal y la latencia presente de una posibilidad realizable -por más ardua que sea su concreción- constituye el nudo de la posición habermasiana y la

clave también de su articulación de historia intelectual y teoría crítica. De allí el interés que adquiere la recuperación y la reelaboración de este impulso emancipador, ya no por filósofos y teóricos sociales [cf. Cohen and Arato 1992, caps. 5 y 9], sino por los propios historiadores. Pues los señalamientos críticos y limitativos de autores como Baker y Zaret han sido desafiados dentro de la profesión con el designio de restablecer la naturaleza del proyecto de Habermas y, en primer lugar, la índole de la conjunción de historia y teoría crítica. Así, Lloyd Kramer no vacila en situar a la obra de Habermas entre los paradigmas más influyentes de la reciente historia intelectual, un modelo -dice- destinado a impulsar las investigaciones empíricas en diversos campos de la disciplina. Mediante una reversión del tópico reproche de la confusión entre postulación normativa e indicación heurística que afectaría al conjunto de la empresa habermasiana de dilucidación de la esfera pública, Kramer no sólo distingue los dos niveles analíticos -el empírico y el crítico- en su eventual utilización historiográfica, sino que enfatiza la deseabilidad de otorgar una mayor atención al nivel crítico. Mientras el primero resulta servicial al historiador para el examen de hechos particulares, la puesta a prueba de ciertas hipótesis o el diseño de un determinado proyecto de investigación, el segundo permite que el especialista acometa el estudio histórico en cuanto «método de recusación y transformación del presente unido al descubrimiento y reinterpretación del pasado» [Kramer 1992, 237-238]. El desafío consistiría, entonces, en que la investigación histórica sobre el pasado, efectuada con todos los recaudos disciplinares de la profesión, lleve a una intervención crítica en el presente, lo que supone, desde luego, allanarse creativamente a la inspiración habermasiana según la cual, por ejemplo, el acercamiento reconstructivo a la esfera pública burguesa en el siglo XVIII no adquiere su real significación sino en la medida en que contribuye a exhibir las falencias y contradicciones de la sociedad, la cultura y la vida políticas contemporáneas. Guiado por esta convicción, Kramer no encuentra dificultad en exponer aquellos rasgos comunes de las críticas de

Baker y Zaret que indican el apartamiento de estos últimos respecto a ese postulado desiderativo y el consiguiente eclipse que, en sus perspectivas, sufre el impulso crítico de la obra seminal de Habermas. Pues al impugnar el condicionamiento económico y clasista de la esfera pública, al encumbrar en cambio categorías explicativas de índole cultural (lenguaje, retórica, género, religión, etc.), al obviar el enfoque transnacional y comparativo y circunscribir la contrastabilidad del modelo -en concordancia con el marco institucional de los estudios históricos- a un país en cada caso, se diluye la fuerza del esquema original, centrado en una consideración estructural y epocal de la esfera pública que autoriza su inspección a lo largo de un desarrollo así como la individualización de sus tensiones. En definitiva, la nitidez del planteo de Kramer permite especificar, por un lado, los aportes del filósofo al campo de la disciplina [íd., secc. 1: «Habermas como historiador»] y, por otro, los estímulos más incisivos que se le deben como defensor de un ideal racional de ordenamiento de la sociedad democrática [íd., secc. 2: «Habermas como teórico crítico»]. Que sea este último aspecto el realzado por el historiador Kramer tiene un significado que excede la consideración del disputado libro de 1962. Pues desde entonces Habermas ha tenido otras oportunidades de intervención pública en las que su compromiso ético y político -orientado a la promoción de una racionalidad emancipatoria- se ejerció en estrecha conexión con el reclamo de una práctica historiográfica consonante con las tareas críticas del presente y, por eso, atenta al «uso público» al que está destinada la reconstrucción del pasado [Habermas 1986b]. En el caso del áspero intercambio conocido como **Historikerstreit** fue el teórico crítico Habermas quien catalizó a la tendencia anti-conservadora y favoreció el despertar de una conciencia vigilante entre los historiadores renuentes a la relativización del pasado nazi y conscientes de la significación política del revisionismo «normalizador» [Torpey 1988, 23-24; Habermas 1986a]. Estas módicas alusiones a la proliferación de cuestiones y problemas son, desde luego, apenas indicativas de la situación intelectual que interesa remarcar:

la de la doble dirección en que se ejercen las influencias, una vez asentadas las tradiciones respectivas de la teoría crítica y la historia intelectual.

Por otro lado, un caso especial de confluencia de las continuidades y actualizaciones de la teoría crítica con los desarrollos en curso de la historia intelectual es el que ofrece la obra del norteamericano Martin Jay, quien, con su compatriota Susan Buck-Morss [1977; 1989], representa la más consistente corriente de estudiosos de la «escuela de Frankfurt» desarrollada fuera de Alemania. Jay fue, en efecto, en los años setenta, el primer historiador del Instituto de Investigación Social de Frankfurt y posteriormente (en la década siguiente) subsumió a sus representantes en un campo más amplio de indagaciones hasta elaborar un panorama penetrante y abarcador del llamado «marxismo occidental» en su libro *Marxism and Totality*. Se le deben también una serie de investigaciones sobre la inserción de los hombres de cultura alemanes en Estados Unidos (especialmente los pertenecientes al Instituto o allegados suyos) y una monografía sobre Theodor W. Adorno, obras, todas ellas [Jay 1973; 1984a; 1984b; 1986], en las que está presente, además de una perspectiva independiente de trabajo, también su frecuentación personal de algunos miembros de esa «escuela» y, particularmente, la de Leo Löwenthal, quien hasta su muerte reciente, en 1993, fue su amigo e informante de primera mano sobre los avatares del Instituto frankfurtiano.

Estos datos, que ilustran sobre la cercanía de Jay a los intereses y preocupaciones de la teoría crítica, deben complementarse con la mención de otro grupo de trabajos del autor, donde su práctica de la historia intelectual se ejerce, por un lado, en la demarcación y desarrollo de determinados temas filosóficos y, por otro, en una indagación comprensiva y generalizante de la propia índole de la historia intelectual, en polémica con las tendencias imperantes en los Estados Unidos luego de la incorporación, en la escena universitaria de este país, de motivos y paradigmas originados en la filosofía francesa y (a veces mediados por esta última) en la alemana. Globalmente considerada, la posición de Jay ha sido la de una

defensa habermasiana de la razón crítica frente a los avances del textualismo agnóstico [confrontar a este respecto Habermas 1985] y del énfasis nihilista en la autorreferencialidad del lenguaje. Esa reivindicación se ha ejercido en diversas direcciones: por ejemplo, en la primera parte de su compilación *Socialismo fin-de-siècle* [íd. 1988] y en *Force fields* [íd. 1993a], cuyo subtítulo: *Between Intellectual History and Cultural Critique* indica muy bien su posición mediadora entre las adquisiciones recientes de la historia intelectual y la necesidad de su control crítico con las herramientas conceptuales legadas por los «frankfurtianos». Su contribución más dilatada al desarrollo de un campo especial de la historia de las ideas -campo, por lo demás, delimitado por él mismo- es una pormenorizada indagación de las tendencias «ocularfóbicas» presentes en el pensamiento francés contemporáneo [íd. 1993b]; allí, luego de esbozar un panorama general sobre la idea de la visión en la filosofía occidental, estudia los avatares franceses del «oculocentrismo» y su crisis desde la Ilustración hasta Lyotard. La premisa explícita de este trabajo es que «el historiador intelectual [debe] internarse en el ámbito discursivo de un modo crítico»: en este caso, por ejemplo, para sugerir la correlación de esas tendencias con «la pérdida de confianza de los intelectuales franceses -y no sólo de ellos- en lo que, en un sentido amplio, se puede llamar el proyecto de ilustración moderno» [íd., 20, 589]. La amplitud de intereses y la atención crítica a los desarrollos de la cultura «post-moderna» desde una posición instruida por el marxismo derivado de la «escuela de Frankfurt» y a la vez receptiva a las propuestas de la historia intelectual tienen también en Estados Unidos, fuera de Martin Jay, a otro estudioso representativo: Fredric Jameson, de quien no podemos ocuparnos aquí, pero cuya obra, influ-

yente en el campo de los estudios culturales, debería ser también objeto de atención en una reseña de nexos entre historia intelectual y teoría crítica.

Un último señalamiento, asimismo de imposible desarrollo en este trabajo, es el referido a la concepción más amplia de «teoría crítica» -amplitud que, entonces, excede los límites de la orientación «frankfurtiana»- también operante entre los historiadores intelectuales. Una muestra de la presencia de esta incitación en la obra de los nombrados es la extensión del rótulo de «teoría crítica» al marxismo, el psicoanálisis y el post-estructuralismo, como sucede en el libro de Dominick LaCapra *Soundings in Critical Theory*, cuyo capítulo conclusivo está precisamente dedicado a la conexión que nos ocupa. Para el autor, la práctica «textualista», difundida en el medio de los historiadores intelectuales -entre los que, obviamente, se incluye, debería estar abierta a una «interacción dialéctica» con el mencionado «trío de teorías críticas» [LaCapra 1989, 1, 182 ss.] como un modo de articular distintos aspectos de la cultura y la sociedad y de morigerar la pronunciada tendencia a la adopción de técnicas de fragmentación y descentramiento que se afirmaron en oposición al anterior énfasis en la totalización. LaCapra ha cuestionado, por lo demás, el tipo de historia intelectual «sinóptica» que en su opinión practica Jay (y este último ha replicado en consecuencia), lo que demuestra, entre otras cosas, que entre los historiadores intelectuales también es una cuestión disputada la versión de «teoría crítica» que resultaría más adecuada para su especialidad una vez instalado lo que se podría llamar el «giro deconstruccionista» (resistido por Jay y encumbrado por LaCapra).

## Referencias

- Adorno, T.W. [1951], La crítica de la cultura y de la sociedad, en *Crítica cultural y sociedad*. Barcelona: Ariel, 1973.
- Baker, K.M. [1990], *Inventing the French Revolution: Essays on French Political Culture in the Eighteenth Century*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Baker, K.M. [1992], Defining the Public Sphere in Eighteenth-Century France: Variations on a Theme by Habermas, en C.Calhoun (ed.), 1992.
- Benhabib, S. [1992], Models of Public Space: Hannah Arendt, the Liberal Tradition, and Jürgen Habermas, en C.Calhoun (ed.), 1992.
- Benjamin, W. [1931], Pequeña historia de la fotografía, en *Discursos interrumpidos I*. Madrid: Taurus, 1973.
- Benjamin, W. [1936], The Work of Art in the Age of Mechanical Reproduction, en *Illuminations*, ed. Hannah Arendt. Nueva York: Schocken Books 1969.
- Benjamin, W. [1937], Historia y coleccionismo: Eduard Fuchs, en *Discursos interrumpidos I*. Madrid: Taurus, 1973.
- Benjamin, W. [1955], Theses on the Philosophy of History, en *Illuminations*, ed. Hannah Arendt. Nueva York: Schocken Books, 1969.
- Benjamin, W. [1982], *Parigi, capitale del XIX secolo. I «Passages» di Parigi*. Turin: Einaudi, 1986.
- Bouwtsma, W.J. [1990], From History of Ideas to History of Meaning, en *A Usable Past: Essays in European Cultural History*. Berkeley: University of California Press.
- Briggs, A. [1954], *Victorian People. A Reassessment of Persons and Themes, 1851-67*. Londres: Odhams Press.
- Buck-Morss, S. [1977], *The Origin of Negative Dialectics. Theodor W.Adorno, Walter Benjamin, and the Frankfurt Institute*. Nueva York: Macmillan.
- Buck-Morss, S. [1989], *The Dialectics of Seeing. Walter Benjamin and the Arcades Project*. Cambridge, Mass: The MIT Press.
- Calhoun, C., ed. [1992], *Habermas and the Public Sphere*. Cambridge, Mass.: The MIT Press.
- Cohen, J.L. and Arato, A. [1992], *Civil Society and Political Theory*. Cambridge, Mass: The MIT Press.
- Darnton, R. and Roche, D., eds. [1989], *Revolution in Print. The Press in France, 1775-1800*. Berkeley: University of California Press.
- Eisenstein, E.L. [1979], *The Printing Press as an Agent of Change. Communications and Cultural Transformations in Early- Modern Europe*, 2 vols. Cambridge: Cambridge University Press.
- Eley, G. [1992], Nations, Publics, and Political Culture: Placing Habermas in the Nineteenth Century, en C.Calhoun (ed.), 1992.
- Fraser, N. [1992], Rethinking the Public Sphere: A Contribution of Actually Existing Democracy, en C.Calhoun (ed.), 1992.
- Garnham, N. [1992], The Media and the Public Sphere, en C.Calhoun (ed.), 1992.
- Habermas, J. [1962], *Storia e critica dell'opinione pubblica*. Bari: Laterza, 1977.
- Habermas, J. [1985], *El discurso filosófico de la modernidad. (Doce lecciones)*. Buenos Aires: Taurus, 1989.
- Habermas, J. [1986a], A Kind of Settlement of Damages (Apologetic Tendencies), en *New German Critique*, n° 44, 1988.
- Habermas, J. [1986b], Concerning the Public Use of History, en *New German Critique*, n° 44, 1988.
- Habermas, J. [1992], Concluding Remarks, en C.Calhoun (ed.), 1992.
- Harrison, J.F.C. [1971], *The Early Victorians, 1832-1851*. Londres: Weidenfeld and Nicolson.
- Hill, Ch. [1986], The word 'Revolution' in seventeenth-century England, en R.Ollard and P.Tudor-Craig (eds.), *For Veronica Wedgwood, these*. Londres, 1986.
- Horkheimer, M. [1936], Egoísmo y movimiento liberador. Contribución a una antropología de la época burguesa, en *Teoría crítica*. Buenos Aires: Amorrortu, 1974.
- Horkheimer, M. [1937], Teoría tradicional y teoría crítica, en *Teoría crítica*. Buenos Aires: Amorrortu, 1974.
- Hunt, L., ed. [1989], *The New Cultural History*. Berkeley: University of California Press.
- Jay, M. [1973], *The Dialectical Imagination. A History of the Frankfurt School and the Institute of Social Research, 1923-1950*. Boston: Little, Brown and Company.
- Jay, M. [1984a], *Marxism and Totality. The Adventures of a Concept from Lukács to Habermas*. Berkeley: Polity Press.
- Jay, M. [1984b], *Adorno*. Londres: Fontana Paperbacks.
- Jay, M. [1986], *Permanent Exiles. Essays on the Intellectual Migration from Germany to America*. Nueva York: Columbia University Press.
- Jay, M. [1988], *Fin-de-siècle Socialism and Other Essays*. Nueva York: Routledge.
- Jay, M. [1993a], *Force Fields. Between Intellectual History and Cultural Critique*. Nueva York: Routledge.
- Jay, M. [1993b], *Downcast Eyes. The Denigration of Vision in Twentieth-Century French Thought*. Berkeley: University of California Press.
- Koselleck, R. [1979], *Futuro passato. Per una*

*semantica dei tempi storici*. Génova: Marietti, 1986.

Kramer, Ll. [1992], Habermas, History, and Critical Theory, en C. Calhoun (ed.), 1992.

LaCapra, D. [1989], *Soundings in Critical Theory*. Ithaca: Cornell University Press.

Landes, J. [1988], *Women and the Public Sphere in the Age of the French Revolution*. Ithaca: Cornell University Press.

Olsen, D.J. [1976], *The Growth of Victorian London*. Londres: B.T. Batsford Ltd.

Plum, W. [1977], *Exposiciones Mundiales en el siglo XIX: Espectáculos del Cambio Socio-Cultural*. Bonn: Friedrich-Ebert-Stiftung.

Rabinow, P. and Sullivan, W.M. eds. [1987], *Interpretive Social Science. A Second Look*. Berkeley: University of California Press.

Richards, T. [1991], *The Commodity Culture of Victorian England. Advertising and Spectacle, 1851-1914*. Londres: Verso.

Rolt, L.T.C. [1970], *Victorian Engineering*. Londres: Penguin Books.

Schudson, M. [1992], Was There Ever a Public Sphere? If So, When?, en C. Calhoun (ed.), 1992.

Thompson, E.P. [1978], The Poverty of Theory: or an Orrery of Errors, en *The Poverty of Theory and Other Essays*. Londres: Merlin Press.

Toews, J.E. [1987], Intellectual History after the Linguistic Turn: The Autonomy of Meaning and the Irreducibility of Experience, en *The American Historical Review*, vol. 92, nº 4.

Torpey, J. [1988], Habermas and Historians, en *New German Critique*, nº 44, 1988.

Veeser, H.A., ed. [1989], *The New Historicism*. Nueva York: Routledge.

Woodward, Ll. [1962], *The Age of Reform, 1815-1870*. Oxford: Oxford University Press.

Zaret, D. [1992], Religion, Science, and Printing in the Public Spheres in Seventeenth-Century England, en C. Calhoun (ed.), 1992.